

# LA EDUCACION DOMINICANA Y LA EDUCACION SUPERIOR

Ramón Flores

## I. Consideraciones Introductorias.

De entrada, tres elementos que afloran de manera reiterativa en el curso de la historia. En primer lugar, la competencia internacional, con forma distinta en cada etapa, es una constante que va definiendo la división política del mundo. El grupo nacional que ha podido enfrentar los retos de su tiempo sobrevive, el que no lo logra, paga las consecuencias.

En segundo lugar, la globalidad de la economía es un proceso histórico cuya base no son lo decretos de los gobiernos sino el desarrollo técnico de los pueblos. El comercio se ha hecho más global porque la tecnología que ha permitido producir más bienes y servicios ha dado igualmente las capacidades para el transporte masivo de gente, bienes y servicios, y ha permitido tal nivel de comunicaciones que la tierra se ha convertido gradualmente en vecindario. Excepto que se produzcan catástrofes mundiales que retrolleven a un estadio primitivo, la creciente globalidad, con todas sus implicaciones, se consolidará como una expresión del desarrollo del hombre.

En tercer lugar, en adición al reforzamiento de la vieja regla de defender la liberación de los mercados mundiales, protegiendo los propios tanto como se pueda, y, tanto como se pueda, obligando al vecino a liberar los suyos, la revolución industrial introdujo la manipulación consciente del conocimiento como elemento fundamental en el comercio internacional.

Como consecuencia de los escarceos internacionales, existe un mundo mucho más abierto que lo que se pudo pensar hace un siglo, y más cerrado que lo que predica mucha gente. Pero sobre todo, se da una participación tan extraordinaria de la tecnología en el valor de lo producido, que la competencia internacional se va transformando en la

confrontación entre las capacidades de investigación, aplicación, adaptación y asimilación del conocimiento, y entre las calidades de los recursos humanos que participan en los procesos productivos. Lo cual plantea el asunto como una competencia de los sistemas de educación, ciencia y tecnología, en donde se forma la gente y se generan y aplican nuevos conocimientos. Por eso, frente a los requerimientos actuales y previsibles, el fortalecimiento de la infraestructura de investigación y de educación se ha convertido en el primer problema de cualquier nación que vele por su futuro.

Ahora bien, si por reconversión de un sector o de toda una economía se entiende el proceso de ajustes acelerados, orientados a superar rezagos que impiden la adaptación a los paradigmas de eficacia y de eficiencia predominante en un momento histórico determinado, si se entiende así la reconversión, entonces, su marco de referencia queda establecido por aquellos sectores o naciones que definen aquellos paradigmas. Y cuando la competencia se da en los términos que se da hoy, los procesos de reconversión, que siempre surgen por la necesidad de sobrevivencia a los retos externos, tiene que concentrar su atención en las estructuras de educación, investigación, transferencia y asimilación técnica, cuya trayectoria va definiendo los nuevos cursos de acción.

Se trae aquello a colación para explicar por qué durante algunos años se viene planteando que, medido en términos de su propia historia, el desarrollo educativo dominicano durante el período democrático ha sido sencillamente extraordinario, pero que, medido en términos de los cambios ocurridos en el mundo durante estos últimos treinta años, aquel desarrollo, aun siendo extraordinario, no ha podido garantizar los niveles promedios de escolaridad, la eficiencia, la calidad y la cantidad suficientes para enfrentar los desafíos del mundo actual. Con la comparación entre el esfuerzo realizado y el esfuerzo que era necesario realizar simplemente se intenta poner de relieve la magnitud de la tarea que, en materia educativa, tiene que acometer el país

Ese retraso que se agudizó como consecuencia de los desajustes voluntarios y ajustes forzosos, constituye una de

las expresiones más crudas de la injusticia social. Y como ahora a la injusticia se le llama deuda social, aquel retraso representa una porción especial de una gran deuda que debe ser pagada. Especial en cuanto al erosionar el cerebro y el músculo con los cuales hay que enfrentar los grandes desafíos de un orden internacional cada vez más despiadado, la degradación de la educación dominicana en esos diez años representa, en nombre de la sanidad económica, la degradación de las posibilidades mismas del desarrollo. Por ello, para una nación pequeña y pobre que carece de una infraestructura científico-tecnológica adecuada, el solo préstamo social tomado al sector educativo tendría que ser pagado con tasas de interés muy altas para compensar el costo de los daños causados. Sobre este asunto habrá que retornar.

## II. Un Diagnóstico Apretado.

Ahora bien, como paradigma del sistema educativo nacional, como formadora de los cuadros dirigenciales de la nación, como centro de investigación y divulgación de la ciencia y la tecnología, como parte importante de la conciencia crítica de la nación, la universidad ha sido un elemento esencial en el proceso de desarrollo económico. Tan esencial, que la manera y velocidad con que la ciencia y la tecnología se insertó en las instituciones de educación superior durante el Siglo XIX ha tenido una influencia notable en el desarrollo de cada país en este siglo. Ahora bien, tras un largo período de crecimiento acelerado y de preocupación permanente por su desarrollo y el desarrollo nacional, la educación superior dominicana, que fue un poderoso motor del desarrollo educativo, entró en un período de estancamiento que por sus repercusiones y por ser menos visible, quizás resulte más preocupante que en otras esferas educativas.

Uno suele poner de relieve la existencia de cientos de miles de estudiantes, y cómo después de unos años de reposo aparecen los signos de que el sector comienza de nuevo; la disponibilidad de hermosas edificaciones, con plácidos ambientes y parqueos repletos de vehículos de lujo; la graduación, por miles, de contadores, abogados y médicos; la consolidación de la paz universitaria; el prestigio social de

la dirigencia universitaria como reconocimiento a su autoridad y servicios a la nación. Es como si una década de dificultades que han producido estragos en el país, ha facilitado el desarrollo de la banca, el comercio y la educación superior. Eso es lo visible.

Pero detrás de esas cosas tan importantes como visibles, aparecen expresiones inquietantes que de no ser revertidas podrían influir considerablemente sobre la eficacia y la eficiencia social de la educación superior dominicana. Aparece, por ejemplo, que cualquiera puede entrar a cualquier institución, probado que disponga de los recursos necesarios y un papel que lo acredita como bachiller; que la mayor parte de la actividad académica se realiza durante la tarde y la noche, porque muchos de sus estudiantes trabajan, porque todos entienden que la universidad no merece una dedicación a tiempo completo, o porque el profesor tiene que buscársela en otras partes y dedica a la academia el tiempo que le queda libre; que el libro fue declarado ilegal ya que tanto el profesor como el estudiante solo disponen del tiempo para comunicarse a través de notas antiguas, o no hay biblioteca con libros actualizados o nadie puede o desea comprar libros caros que al final de cuenta no son necesarios; que los laboratorios aparecen en el próximo plan quinquenal y los equipos existentes están almacenados mientras se consigue espacio y materiales; que los profesores y estudiantes son atendidos por secretarias pues la dirigencia universitaria trabaja durante las horas que no hay docencia; que van desapareciendo los requisitos de formación general porque eso es una pérdida de tiempo y el tiempo es oro; que han sido cerradas las escuelas de ciencia, de educación, ciencias sociales, humanidades, agricultura y se debilitan las carreras de tecnología, en un país donde todas esas áreas son nuevas; que no hay recurso para investigación y publicaciones ni mucha gente que investigue o publique porque eso ni paga ni es trascendente; que a pesar de la gallarda presencia rectoral, las academias renuncian a su participación en el debate de los grandes problemas nacionales, porque no tienen gente que puedan participar, porque es peligroso participar o porque ya a nadie le interesa perder su tiempo en esas cosas.

No se trata aquí de señalar que los viejos tiempos fueron mejores. El desarrollo de la educación superior dominicana siempre estuvo envuelto en la precariedad. Llama la atención, sin embargo, que aquella rebeldía, basada en una visión esperanzadora del futuro nacional, que sustentó la dinámica universitaria, en condiciones económicas y políticas extremadamente adversas, parece haber devenido en el cansancio, la resignación o la autocomplacencia que genera el éxito, dando la imagen de un sector que ha envejecido prematuramente o se ha jubilado.

Por eso, al advertir cómo se acepta la realidad descrita, sin el menor asomo de resistencia, en medio de tantos desafíos nacionales que reclamaban la participación activa y generosa de la educación superior, uno podría encontrar en aquella pasividad frente a sus grandes problemas y a los problemas del país, signos inquietantes que señalan cómo, a pesar de las expresiones de modernización y de optimismo, en sectores importantes de la sociedad cunde la falta de previsión, la dejadez, la indiferencia o el fatalismo que conduce a la no viabilidad de una nación.

### **III. La Reconversión y la Educación Superior.-**

Uno podría plantear, sin ningún dejo de ironía, que en cuestiones de desarrollo, las naciones industrializadas se parecen a los médicos: hacen una cosa y recomiendan otra. Sin embargo, cuando se trata con médicos conviene hacer lo que recomiendan, no lo que hacen; cuando se trata con los países industrializados conviene hacer lo que ellos hacen, no lo que ellos recomiendan, pues mientras los médicos fueron entrenados para curar a otros, las naciones industrializadas son expertas en desarrollarse a sí mismas.

Por eso, frente a un necesario proceso de reconversión, que es un complejo proceso de adaptación a entornos cambiantes, mediante respuestas financieras de promoción, y respuestas tecnológicas que conllevan una motorización de las instituciones técnicas y de educación superior, para enfrentar las tareas de investigación aplicada, formación acelerada y masiva de recursos humanos, consultoría profesional cada vez más refinada, que es justamente lo que

ahora propone el nuevo Presidente de los Estados Unidos, frente a ese proceso, a muchos países se les recomienda comenzar al revés. Se le pide que se lancen a manos peladas a combatir con los "tígueres" alimentados por los grandes y subsidiados centros de educación e investigación, los subsidios financieros y los mercados protegidos. Bajo la premisa de que si el experimento funciona, sus promotores serán glorificados, y si falla, a nadie le preocupará demasiado el asunto.

Pero independientemente de que se acepten las recomendaciones o las acciones, de que el consejo sea correcto o incorrecto, necesario es reconocer que el proceso de reconversión es necesario, y que siendo esa necesidad nuestra y no ajena, la educación superior está obligada a asumirlo, realizando los ajustes que le permitan apoyar al país en las grandes tareas presentes y por venir.

En ese sentido quizás convendría, en primer lugar, racionalizar la oferta educativa para dar consistencia y coherencia al trabajo interno, y concentrarse en lo que resulta más útil y se puede hacer mejor. Al parecer la diversificación fue excesiva, vista en términos de la extraordinaria versatilidad de un profesional bien formado y el nivel de complejidad de la sociedad dominicana.

En segundo lugar, podría ser útil recordar que el reto es el cambio social motorizado por la ciencia y la tecnología, y por tanto hay que obviar las especializaciones prematuras y reforzar el contenido de ciencia, de tecnología y de metodología científica, de idiomas, de ciencias sociales y humanidades que sirven de base a la comprensión del mundo, la sociedad y el hombre de hoy, y a la operacionalidad y adaptabilidad a una sociedad cuyo cambio está motorizado por el cambio técnico. En esas circunstancias, formar a un educador, un sociólogo, un médico o un ingeniero, sin una sólida base común en las grandes áreas del conocimiento sería como preparar expertos en vudú. Y a pesar de sus encantos, la lógica del vudú no parece llevarse bien con la lógica del desarrollo.

En tercer lugar, parecería necesario fortalecer el

conocimiento y la valoración de lo nacional, y mejorar la comprensión de los fenómenos internacionales para facilitar una inserción sana y robusta, definida en términos de los mejores intereses del país.

En cuarto lugar, podría resultar útil el evitar las cargas excesivas en los programas, concentrando esfuerzo en lo esencial, y reforzando la capacidad del educando para aprender por sus propios medios, en un mundo cambiante donde el aprendizaje es permanente. Al mismo tiempo, habría que encontrar una salida más racional para mantener la apertura de la educación superior para las personas que trabajan. Ni es necesario extender excesivamente la duración de una carrera de licenciatura para un joven que se sacrifica para dedicar todo su tiempo a sus estudios universitarios, ni es serio formar como licenciado, en cuatro o cinco años, a una persona que debe trabajar durante el día y sólo puede dedicar a sus estudios unas pocas horas a la semana.

En quinto lugar, siendo la educación superior el segmento más alto del sistema, la continua expansión y el mejoramiento cualitativo de los niveles inferiores ha sido, además de un asunto de responsabilidad social, un problema de supervivencia. En ese sentido, podría ser beneficioso para las instituciones de educación superior y para el país, el apoyo a otros niveles de educación a través de la formación de los recursos humanos con la capacidad para enfrentar los retos educativos de una sociedad cada vez más compleja, así como participar activamente, con sus enormes recursos científicos y tecnológicos en el enfrentamiento de los problemas que afecten a aquellos niveles. Pero sobre todo, como entidad paradigmática, la institución de educación superior debe ser el ejemplo de seriedad, dedicación y rigor que se extienda por todo el sistema educativo.

En sexto lugar, habrá que reforzar los estudios de postgrado como mecanismo de reciclaje profesional, de especialización al interior de un sistema con licenciaturas más cortas y racionales, como forma de estudios avanzados y como socia invaluable de la investigación. El reforzamiento de los estudios de postgrado no sólo daría consistencia a una reforma curricular que consolide la formación general y

racionalice la duración de las carreras, sino que puede ser el instrumento más expedito para enfrentar nuevas demandas profesionales en los sectores emergentes de la sociedad, obviando así la especialización prematura de un joven que cursa una licenciatura.

Convendría ya evaluar la posibilidad de transferir al nivel de postgrado algunas de las carreras tradicionales cuyo número de egresados sugiere la ventaja de enfatizar en calidad, más que en cantidad.

En séptimo lugar, habría que volcar mayores esfuerzos a la investigación, no solo en su versión más tradicional sino también como instrumento de una transferencia racional de tecnología y como apoyo al proceso de decisiones.

Sin embargo, como ha sido señalado en otras ocasiones, para cualquier sociedad, pero especialmente para una que es pobre y pequeña, resultará sumamente difícil desarrollar procesos de investigación o estudios de postgrado relevantes si la investigación y esos estudios no son manejados como una unidad. Y aún unidos, la tarea podría resultar incosteable si no se logran organizar consorcios que integren universidades, empresas, centros de investigación, etc.

En octavo lugar, convendría acelerar los procesos de acreditación y examen profesional. Pues, si bien el rápido crecimiento de la educación superior dominicana ha sido el fruto de una gran libertad de participación que permitió aunar recursos y voluntades para atender una gran población estudiantil, parecería que el establecimiento de controles externos de calidad, para las instituciones y para los egresados, constituye ahora el único mecanismo para alcanzar y mantener los niveles de calidad que exigen los tiempos, tanto en materia de formación como de ejercicio profesional, al interior de un sistema de educación superior extenso y plural.

Habría que evitar, sin embargo, que el proceso de acreditación y de examen profesional se convierta en un instrumento para legitimar las deficiencias acumuladas en estas décadas de rápido e incontrolado crecimiento. Por

eso, además de acelerar los procesos de acreditación institucional y de trabajar en los exámenes nacionales para el profesional, convendría que todas las instituciones que puedan hacerlo, aceleren su proceso interno para lograr acreditarse en sistemas reconocidos internacionalmente.

En noveno lugar, sería útil fortalecer la relación internacional de la educación superior dominicana con el exterior. Pues ubicado en una insula, que por su naturaleza aísla, pero que además es pobre y pequeña, la educación superior dominicana enfrenta el problema permanente de la obsolescencia. Nos vamos quedando desgraciadamente rezagados y el rezago se incrementa cada día.

La única vía para dar el salto y colocarse al ritmo de los tiempos es la de asociarse a instituciones que marcan el ritmo. Hay que actuar con la modestia oriental, acudir a los grandes centros de acreditación del mundo y buscar en el Japón, en Europa, en Canada, en Estados Unidos, instituciones relevantes con las cuales se pueda hacer consorcios, área por área. No para aprender cómo se hacen letrinas o se desarrollan viviendas con tecnologías apropiadas, que es lo que se recomienda, sino para aprender técnicas modernas de producción y organización empresarial, física de los sólidos, biotecnología y otros conocimientos, que es lo que los países industrializados hacen.

En décimo lugar, habría que prestar la adecuada atención a la gestión profesoral. Durante los últimos diez años, el profesor universitario dominicano ha visto esfumarse su salario, su autoridad y muchas veces su dignidad personal, frente al mandato de una burocracia que debió ser su apoyo pero ha devenido en su verdugo, o frente a las malacrianzas, mediocridad o engreimiento de estudiantes cuyo poder político o económico le dan facultad para distribuir democráticamente el boche.

Desgraciadamente, si la autoridad y dignidad del académico no es clara y categóricamente reestablecida, si los requisitos de formación profesoral rigurosa no son impuestos, condiciones internas para dar estabilidad a un componente profesoral capaz y dedicado enteramente al

quehacer científico no son creadas, las instituciones de educación superior, como comunidad intelectual, no podrán ni reconvertirse ni ayudar al país a enfrentar los grandes desafíos.

En décimo primer lugar, convendría estructurar una nueva política de financiamiento de la educación superior. Después de haber obtenido los recursos que el Estado entendía como razonable y de incrementar la matrícula a límites que ya para algunas instituciones resultan peligrosos, uno descubre que en el país no existe una sola institución cuyo gasto operativo total por año-estudiante supere ampliamente los mil dólares. Y con cifras como esas no se puede formar el profesional que demanda la complejidad de la economía actual.

Hace muchos años que el esquema de financiamiento de la educación dominicana se agotó, obligando a las instituciones a vivir, no tanto de su propio sacrificio como de su propio deterioro. Un deterioro que refleja el volumen de préstamo acumulado antes, durante y después de aquellos desajustes y ajustes, y que ahora, convertido en deuda social, debe ser pagado.

Si se han de reestablecer comunidades educativas que basamenten el desarrollo nacional, será necesario mirar hacia adentro para potencializar toda posibilidad de mejorar la eficacia y la eficiencia de las instituciones. Pero será igualmente necesaria una política nacional de financiamiento de la educación superior que asegure los recursos suficientes para atender aquellas actividades fundamentales para el desarrollo de la nación y el acceso a la educación superior al joven de talento que carece de las posibilidades para costear su propia educación.

Uno podría pensar, buscando respuestas al problema del financiamiento, que si todas las empresas públicas que fueron herencia de la familia Trujillo fueran organizadas en un patrimonio nacional redituable, cuyos beneficios fuesen dedicados a apoyar la salud infantil y la educación de jóvenes talentosos, aquella riqueza acumulada sobre el sacrificio de tanta gente y generadora de tantos conflictos, encontraría

finalmente un destino histórico que dé sentido al sufrimiento de varias generaciones dominicanas.

En decimosegundo lugar, sería necesario el trabajo concertado de las instituciones y de éstas con el resto del país. Ninguna institución dominicana podrá enfrentar sola las tareas de la reconversión interna sin ser aplastada por los costos que tendría que pagar. Pero aun trabajando juntas, las entidades de educación superior no podrían enfrentar sus propias dificultades si no logran superar los celos y los prejuicios, aprender a trabajar juntos y salir de los compartimentos cerrados, a dar y a buscar cooperación, con el sentido de unidad que deben exhibir las élites frente a los problemas cruciales de una nación.

En ese sentido, conviene insistir en la necesidad de estructurar un marco institucional más amplio y más plural que el CONES actual, y que, insertando la educación superior dominicana dentro de la infraestructura científico-tecnológica dominicana, promueva, estimule y coordine respuestas contundentes a los desafíos científicos y tecnológicos que enfrenta y enfrentará la sociedad dominicana.

Finalmente, sería importante actuar con un sentido de urgencia, pues los procesos educativos son muy lentos y la historia se ha acelerado. En los últimos treinta años, el impacto de ciencia y tecnología ha generado un progreso cuyos requerimientos van dejando a cientos de miles de ciudadanos sin la posibilidad de insertarse en alguna actividad productiva socialmente relevante. Se trata de un desempleo nuevo, un desempleo propio de los recientes estadios tecnológicos, que solo puede ser enfrentado con educación.

En los próximos treinta años, quizás en un período menor si los Estados Unidos reorienta su maquinaria científico-tecnológica hacia la competencia comercial, uno se podría encontrar frente a la terrible situación de que el cambio tecnológico habrá impactado de tal manera al comercio internacional, que serán naciones enteras y no grupos poblacionales las que habrán sido eliminadas de cualquier inserción en la producción mundial. Y la

**incapacidad de un país para insertarse, sostenerse y progresar al interior de la comunidad internacional a la cual pertenece es lo que a través de la historia ha generado la no viabilidad de las naciones, un fenómeno que ya existe y que el desarrollo técnico reproducirá por docenas en los años por venir.**